Una historiografía a la deriva

MARXISMO E HISTORIA EN EL PERU

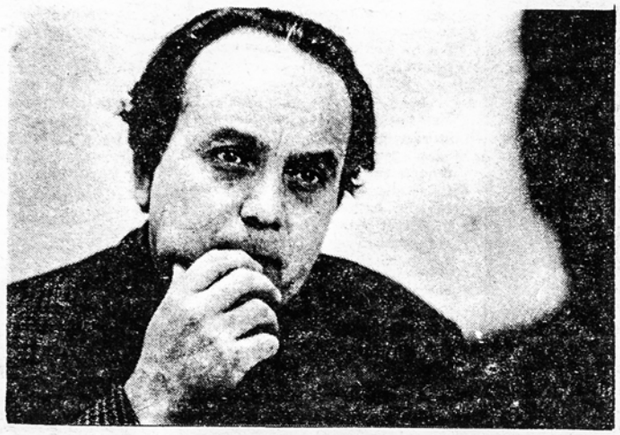
ALBERTO FLORES GALINDO

El último número de **La Revista** nos alcanza un artículo de Heraclio Bonilla sobre "El nuevo perfil de la historia del Perú", prometedor título que, sin embargo, sólo termina ofreciendo una relación de fichas acompañada por escuetos comentarios, sin faltar omisiones importantes: pienso, por ejemplo, en el nuevo territorio abierto a la historiografía peruana por el estudio social del arte como lo practican Teresa Gisbert, Ramón Gutiérrez y, sobre todo, Pablo Macera.

Los estudios acerca de los murales andinos y la pintura popular cusqueña de Macera ofrecen una perspectiva diferente para abordar no solamente el desenvolvimiento de la cultura andina, sino incluso la organización social y los conflictos en el mundo rural, como acaba de mostrarlo Macera con su estudio sobre las pinturas de Ambaná (Bolivia). La pintura, y las manifestaciones culturales son tan importantes como los mecanismos económicos; para entender a la sociedad colonial pueden ser tan imprescindibles las estadísticas de las Cajas Reales como los murales de Tadeo Escalante. La omisión no se justifica.

Pero más allá de cualquier omisión, el recuento termina siendo necesario. Admitido esto ¿cuáles son las tendencias que de una primera impresión se pueden observar en la producción histórica reciente? Tal vez el cambio de mayor relevancia, señalado por el propio Bonilla, sea el desplazamiento de la llamada historiografía tradicional (de esa historia entendida como un recuento de nombres y fechas, como una descripción de acontecimientos, conducida a exaltar a los grandes personajes), por un nuevo tipo de historia que pretende enrrumbarse por parajes afines a la sociología y a la economía, a la par que reconoce una evidente influencia marxista.

En efecto, si dejamos de lado a los historiadores franceses o norteamericanos, la mayoría de autores enumerados por Bonilla, aparte de su juventud, cuando no provienen de alguna otra disciplina como la Antropología (Montoya), la Sociología (Sulmont), la política (López), no ocultan su proximidad al conjunto de las ciencias sociales y se proponen conscientemente contribuir a mostrar la utilidad del marxismo en el análisis de la realidad peruana. Todas estas características implican el proyecto de retomar una tradición historiográfica iniciada hace cincuenta años por



Basadre, Mariátegui o Valcárcel, e interrumpida desde la década de 1930, cuando los intelectuales más conservadores Riva Agüero y sus discípulos recuperaron una perdida hegemonía intelectual.

El predominio del marxismo en la historiografía peruana no es una excepción: Cotler y Malpica han conseguido que sea un "lugar común" afirmar que la derecha ha sido despojada de intelectuales; probablemente sea una exageración, necesaria únicamente para subrayar la importancia cuantitativa de toda la producción en ciencias sociales tributaria del marxismo.

Pero, como no se trata de conformarse con lo realizado, hay que preguntarse en qué medida esta actividad intelectual abundante y heterogénea ha significado un aporte suficientemente sólido.

Los historiadores marxistas —quizás por reacción frente a la historiografía tradicional— han privilegiado el estudio de los movimientos sociales, lo cual ha permitido comenzar a estudiar la historia del Perú desde "abajo", en la perspectiva de los "vencidos", para mostrar que al lado de la historia impuesta por las clases dominantes existieron otras posibilidades y alternativas. El interés por los movimientos campesinos, iniciado desde la revista **Campesino** por Rengifo, Kapsoli y Valladares, ha permitido descubrir en fechas más recientes la existencia de esa constante del mundo andino que son las rebeliones indígenas y la esperanza mesiánica.

Pero, la historiografía marxista en el Perú, al lado de éstos y otros aportes, ha mostrado deficiencias igualmente notorias. La historia de los **movimientos** sociales corre el riesgo de encallar en una retórica descripción de acontecimientos, consecuencia de la sustitución de los personajes de la historia tradicional por los héroes populares: cambio de nombres, pero no de métodos y menos de contenidos. A su vez, la historia de las clases populares tiende a ser interpretada de una manera mecánica: reacción o reflejo frente a la explotación, dando lugar a ecuaciones tan simples como a más explotación más rebeliones, que terminan por no explicar ni la protesta ni la reacción. Razonamientos similares han conducido a que el supuesto uso de las categorías marxistas lleve al descuido del material empírico y es así como se prescinde de la crítica de las fuentes; cualquier hecho se da como cierto y no existe un aliento suficiente para buscar nuevos testimonios, dando como resultado textos de una evidente fragilidad documental. Ha contribuido a esta situación una cierta mitología sobre la inexistencia de archivos suficientes en el Perú, lo que haría imprescindible al Public Record Office o a la Biblioteca de Washington.

Estas debilidades de la historiografía marxista tal vez sean explicables si se tiene en cuenta que en realidad surge como consecuencia del vacío dejado por la historiografía tradicional: Al terminar la década del 60 los historiadores tradicionales se enclaustran para terminar en un inevitable receso intelectual. Algunas excepciones confirman la regla, como Guillermo Lohmann, tan activo como antes, pero más vinculado a la cultura española (publica casi exclusivamente en editoriales y revistas de la península) que al Perú. Otros, como Pablo Macera, formados originalmente en los marcos tradicionales renuevan sustancialmente sus métodos, se trasladan de la historia de las ideas a los temas agrarios y de manera evidente se aproximan al marxismo. El propio Jorge Basadre —a quien no podríamos nunca asimilar a la historiografía tradicional—, en la soledad persistente de su trabajo, retomó viejas preocupaciones de una juventud hasta entonces postergada.

Es así como los nuevos historiadores no tienen contra quien enfrentarse: encuentran una tierra abandonada y baldía. Aparecen como consecuencia de un receso, de manera que las posibilidades de la crítica y la polémica se esfumaron.

LA VERDAD

RAFAEL DRINOT

La verdad puede más que la mentira. Cuando es la verdad del pueblo, es irrefutable. No hay barreras que puedan impedir su difusión. Lo demuestra el pueblo salvadoreño.

La junta militar democristiana, asesina impunemente a los dirigentes del Frente Democrático Revolucionario. Y luego declara públicamente que no fue suya la mano asesina. Que fue la de un supuesto grupo de extrema derecha. Miente públicamente. Mundialmente. Miente tan groseramente, que quien le alcanza el hacha al verdugo, reconoce que el verdugo falsea la verdad.

John Trattner, miembro del ejecutivo yanqui, denuncia el asesinato como "un acto deplorable". En efecto, es un acto deplorable. Vergonzoso. Terrible. Un acto comparable al terror nazi.

El mismo Trattner señala otra verdad: el asesinato "reduce considerablemente las posibilidades de diálogo entre el gobierno y la izquierda". Sí. Los actores son el gobierno y la izquierda. El gobierno asesina. La izquierda responde.

Hasta hace poco se hablaba de la extrema derecha y la extrema izquierda. Se decía que el gobierno y el pueblo se hallaban en medio de una guerra de extremos. De grupúsculos. Y no es verdad.

La verdad, y lo dice el representante norteamericano, es que el gobierno salvadoreño es el ejecutor de su propio pueblo. El Atila de un pueblo que se cansó de dar mártires. Y eso es verdad.

Pero no toda la verdad fue dicha por Trattner. Porque el hacha del verdugo fue entregada por Washington. A través de la AID. A través de la USIS. Y a través de los cursos para militares que se imparten en el Canal de Panamá. Y en el mismísimo Estados Unidos.

Y a través del **"Cordón Sanitario"** creado por Estados Unidos con los ejércitos de tres dictaduras: El Salvador, Guatemala y Honduras. Para asesinar al pueblo salvadoreño. Y a sus dirigentes.

Monseñor Romero pidió a Washington que no les diera armas a sus asesinos. Y con esas armas, ayer asesinaron a Monseñor Romero. Hoy, a los responsables del FDR. Y ayer como hoy, Washigton vertió numerosas lágrimas. Lágrimas de cocodrilo. Aquellas que se usan en los foros internacionales y en la televisión. Al más puro estilo hollywoodense.

Pero la verdad del pueblo salvadoreño puede más que la mentira del imperio. Y se abre paso entre las mentiras y las verdades a medias de la SIP, la UPI, la AP Y la Casa Blanca. Nada pueden las calumnias de los publicistas. La verdad del pueblo es invencible.